

Título: Línea 59.

Seudónimo: Alice R. Brown.

- Buenos días. Un billete, por favor.
- Buenos días, muchacho. A ver si hoy hay suerte.
- Gracias, Javier.

Chema se encaminó por el pasillo hasta el final del autobús y se sentó.

El día se desperezaba lentamente. Las farolas, rezagadas, continuaban encendidas, a pesar de que el sol asomaba en el horizonte tiñendo de rojo la ciudad. Los barrenderos limpiaban afanosamente el acerado, borrando todo rastro de la alegría de la noche anterior. Los pocos transeúntes que podía ver desde la ventanilla, caminaban cabizbajos, encogidos dentro de sus abrigo.

Chema continuó observando la calle como si realmente le interesara lo que en ella ocurría, demorando así el terrible, angustioso momento de averiguar si Ella había dado señales de vida.

El autobús se puso en marcha. Treinta y un pasajeros viajaban con sus alegrías, tribulaciones, pesadumbres, ilusiones a modo de equipaje de mano. Algunos enfrascados en la lectura de un libro, otros, oyendo música en sus auriculares. La mayoría, adormilados, la cabeza apoyada en el frío cristal de la ventana. Todos ajenos al chico de la última fila. Todos menos el conductor, Javier, que de tanto en tanto miraba hacia su sitio.

Javier había tomado cariño a Chema. Conocía su idealista propósito, y sentía por él pena y envidia a partes iguales.

Cinco meses habían pasado desde que montase en su línea por primera vez. Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior. El muchacho pagó su billete y comenzó a mirar bajo todos los asientos del autobús. Hizo lo mismo durante

Título: Línea 59.

Seudónimo: Alice R. Brown.

varios días. Hasta que una mañana se acomodó en el asiento más cercano al conductor. El asiento de los que tienen ganas de hablar.

Javier esperó, sabiendo que no tardaría en contarle su historia: Chema había viajado a Sevilla persiguiendo un sueño: encontrar el amor.

En su tierra se había carteadado con una chica, a través del autobús. Cuando él montaba, una nota le esperaba siempre bajo el último asiento de la última fila. Una nota en principio desesperada, sin destinatario. Un grito de auxilio que él oyó, que él leyó, por casualidad. Y acudió en su ayuda con otra nota, a la que siguió otra, y otra... En esas cartas se contaron sus vidas, temores y anhelos, hasta que ya no pudieron vivir sin ellas. Una única y absurda condición: no verse nunca, no conocerse nunca.

Cuando ella se trasladó, él dejó todo y corrió en su busca sin saber cómo encontrarla. Dos años llevaba recorriendo las rutas de los autobuses hispalenses.

Chema se decidió al fin. Con dedos temblorosos, hurgó bajo su asiento, palpó los huecos de las sujeciones del sillón. Un leve roce le provocó un violento aleteo en la boca del estómago. Un papel. Una nota. Era de Ella. ¿O no? Tomó el pliego sin atreverse a abrirlo. Miró hacia el frente y sus ojos se encontraron con los de Javier en el retrovisor. Le sonrió, y desdobló la misiva:

“Cuarta fila, asiento quince.”